

Arturo Barea y la prensa extranjera

El autor de *La forja de un rebelde* fue el encargado de lidiar con los corresponsales extranjeros durante el cerco franquista de Madrid. Aquella experiencia convirtió en escritor al hijo de una lavandera del barrio de Lavapiés.

Javier Valenzuela

Ernest Hemingway se quejaba de la escasa variedad de la comida del Hotel Florida; siempre servían lo mismo: pescado en salazón. Y no era esta su única queja sobre el hotel de la plaza de Callao donde él y otros corresponsales de guerra extranjeros se albergaban durante el sitio de Madrid por las tropas franquistas. Don Ernesto también despotricaba del ascensor, que nunca funcionaba, del agua caliente, tan inexistente como un bar que despachara whisky en La Meca, y del gramófono del vestíbulo, que reproducía a todas horas un disco rayado de Chopin.

Arturo Barea debió de escuchar en más de una ocasión las jeremiadas de Hemingway, enviado especial de la North American Newspaper Alliance a la Guerra Civil española. Barea era el jefe de la Oficina de Prensa Extranjera del Gobierno de la República y lidiaba con tipos como Hemingway, John Dos Passos, Robert Capa, Gerda Taro, Martha Gellhorn o Sefton Delmer. Ellos y los demás periodistas extranjeros en aquel Madrid con plomo en las entrañas acudían a la sede de Telefónica en la Gran Vía para enviar sus despachos. Entre otras labores igualmente ingratas, Barea tenía la obligación de censurarlos.

Barea andaba entonces por los 40 años. Había nacido en 1897 en Badajoz, pero se había criado desde muy niño en el madrileño barrio de Lavapiés, donde su madre, ya viuda, trabajaba de lavandera en el río Manzanares. Era un hijo del pueblo en un tiempo en que el pueblo no disponía de educación pública y gratuita, pero, gracias

al dinero de un tío, había podido estudiar hasta los 13 años en los Escolapios de la calle de Tribulete, así que sabía leer, escribir y hacer cuentas. Esto le facilitó trabajar en su adolescencia y primera juventud como aprendiz en un comercio y luego en un banco. Hasta que en 1920 fue llamado a filas, en concreto a las del rey Alfonso XIII, que en Marruecos intentaban sojuzgar a los rifeños. Allí vivió, un año después, el desastre de Annual.

¿Cómo había llegado Barea a ocupar la jefatura de la Oficina de Prensa Extranjera del Gobierno legítimo de España durante el asedio franquista a la capital? Nada le destinaba para tal puesto: no tenía estudios universitarios, no era un periodista profesional, ni tan siquiera era un dirigente significativo de algún partido o sindicato defensor de la República. Su presencia en el edificio de la Telefónica en los tiempos en que Hemingway hacía de corresponsal de guerra en España no se puede explicar sin el caos creado en Madrid por la sublevación militar del 18 de julio de 1936 y por la llegada de las tropas franquistas a los lindes de la ciudad a comienzos del mes de noviembre de ese mismo año.

Al igual que en Barcelona, la sublevación de julio logró ser aplastada en Madrid por una espontánea coalición de fuerzas policiales y militares leales a la República y una marea humana de trabajadores y trabajadoras que se hicieron con las armas que pudieron, se convirtieron en milicianos y se enfrentaron a tiro limpio a los gol-



En el Hotel Florida, situado en la plaza de Callao, se alojaron la mayoría de corresponsales extranjeros que llegaron a Madrid para cubrir el desarrollo de la Guerra Civil.

pistas. Pero, cuatro meses después, los insurrectos, tras haber arrasado Andalucía, Extremadura y La Mancha, llegaban a las puertas de la capital. Eran legionarios y regulares marroquíes, tropas profesionales y bregadas en muchos combates, y los apoyaban los tanques y aviones puestos a disposición de Franco por Adolf Hitler y Benito Mussolini. El pánico se apoderó del Gobierno de Largo Caballero, que huyó a Valencia y le dejó al general Miaja el marroñazo de rendir la plaza. Pero ni Miaja ni el pueblo de Madrid quisieron capitular. Prefirieron el *¡No pasarán!*

Tras su regreso de la guerra de Marruecos, Arturo Barea se había casado y tenido cuatro hijos. Era republicano, afiliado al sindicato socialista UGT y trabajaba en una oficina de patentes. El 18 de julio tuvo claro cuál era su bando. Vivía cerca de la plaza de Antón Martín y se fue a la Casa del Pueblo más cercana. Se sumó a los antifascistas y participó en el asalto al Cuartel de la Montaña. Más tarde, puesto que le gustaban los libros, chapurreaba francés y podía leer algo en inglés, un dirigente comunista le propuso para la Oficina de Prensa Extranjera. Allí estaría desde agosto de 1936 hasta septiembre de 1937.

El 18 de julio de 1936 Arturo Barea tuvo claro cuál era su bando. Se fue a la Casa del Pueblo más cercana, se sumó a las filas antifascistas y participó en el asalto al Cuartel de la Montaña

La oficina donde trabajaba Barea ocupaba una planta entera de la Telefónica, entonces el edificio más alto de Madrid, el núcleo de las comunicaciones con el exterior de los asediados y el objetivo preferido de los bombardeos de la artillería y la aviación franquistas. Un par de millares de campesinos refugiados en la capital habitaban los sótanos de aquella fortaleza; los periodistas extranjeros usaban sus pisos superiores como atalaya para seguir los combates en la Casa de Campo.

Unos pocos años después, en *La forja de un rebelde*, Barea escribiría: "Había caído de lleno sobre mí la responsabilidad de censurar todos los periódicos del mundo y cuidar de los corresponsales de guerra en Madrid". Así era. Su principal misión consistía en leer las crónicas que los corresponsales pretendían enviar desde la Telefónica y tachar con un lápiz azul los párrafos en los que aquellos de los periódicos y agencias más derechistas daban cuenta de la entrada triunfal de Franco en Madrid. Se trataba de una falsedad -no fue verdad hasta finales del mes de marzo de 1939, pero algunos la adornaban incluso con escenas en las que Franco paseaba por la Puerta del Sol en un caballo blanco-.

Más desagradable le resultaba a Arturo Barea censurar informaciones que él sabía ciertas pero daban cuenta de errores, tropelías o derrotas del bando republicano. Los corresponsales más astutos intenta- >

ban colarle esas noticias usando palabras de argot, dobles sentidos o insinuaciones. Él siempre andaba consultando diccionarios de francés e inglés.

Barea no era feliz con esa tarea y se le notaba físicamente. Diversos testimonios de la época lo describen como un hombre alto y delgado, de tez cetrina y arrugas de amargura en torno a su boca, casi siempre tenso y suspicaz. Dos Passos lo citó incluso como ejemplo del “español malnutrido, falto de sueño y cadavérico” de la Guerra Civil. Pero todos coinciden asimismo en señalar que vestía con atildamiento, con traje chaqueta, camisa y corbata bien anudada, algo poco habitual en el Madrid cercado y bombardeado por Franco.

Así recordaría aquel período en *La forja de un rebelde*: “El enemigo estaba en las puertas y podía irrumpir de un momento a

ticar la transparencia. Barea, que llevaba años separado de su esposa, se enamoró de Ilsa Kulcsar. Ella le correspondió y se convirtieron en amantes.

En mayo de 1937, el general Miaja ordenó a Barea poner algo de orden en la cacofonía de las emisoras radiofónicas de la capital. Barea lo intentó y, además, empezó a hablar por las noches desde una de ellas con el seudónimo de *La voz de Madrid*. Ese mismo mes publicó su primer artículo. Fue en el diario *El Sol* y lo consagró a su madre, que pasó 30 años de su vida malviviendo en una buhardilla de Lavapiés.

Pero ya habían estallado las querellas fratricidas en el campo republicano. La Rusia de Stalin era el único país que ayudaba militarmente a la República y los disciplinados y bien organizados comunistas españoles le sacaban partido agigantado su po-

en Faringdon, un pueblo pequeño al norte de Londres. Barea encontró trabajo en el servicio en español de la cadena pública BBC. Volvió a usar seudónimo, esta vez el de Juan de Castilla.

El cerco franquista de Madrid convirtió a Barea en escritor. Revisando los textos de los corresponsales se curó de su complejo a la hora de escribir: él podía hacerlo tan bien como ellos. Las vivencias de aquel período le dieron un gran tema: ¿cómo habían llegado los españoles a protagonizar una guerra que espantaba al mundo?

Barea escribió en Faringdon *La forja de un rebelde*, una trilogía autobiográfica novelada. Lo hizo en su lengua, la de Cervantes, pero Ilsa Kulcsar la tradujo al inglés y así fue publicada por primera vez entre 1941 y 1946. El hijo de la lavandera de Lavapiés pasó a convertirse en una de las plumas del exilio republicano de mayor reputación internacional.

En un artículo publicado en el periódico *El País* en 2001, el historiador Gabriel Jackson contaba que en 1945 Arturo Barea ofreció una charla sobre la defensa de Madrid a un grupo de socialistas ingleses. Les dijo que aquella defensa se había basado en “un credo universal: una creencia en la libertad del ser humano individual; una creencia en la igualdad de derechos y en la igualdad de los pueblos; una creencia en el derecho a una vida libre de miseria, ignorancia y explotación”.

Falleció de un infarto en la Nochebuena de 1957, en Faringdon, donde está enterrado. Que sepamos, no volvió a ver nunca a aquel corresponsal corpulento, mostachudo y casi siempre tocado con una boina llamado Ernest Hemingway. Pero sí tuvo ocasión de leer *Por quién doblan las campanas*, la novela de Don Ernesto sobre la Guerra Civil española. No le gustó demasiado. Escribió una reseña en la que lamentaba los estereotipos de Hemingway sobre España, su admirativa obsesión por los gitanos y los toreros y su desdén hacia los campesinos humildes. ■

Barea coincidió con Ilsa Kulcsar en que solo la verdad, por terrible que fuera, podía ser beneficiosa para la causa republicana, en contra de la consigna oficial de censurar todo aquello que hablase de derrota

otro; los proyectiles caían en las calles de la ciudad. Nadie sabía quién era un amigo leal; nadie estaba libre de la denuncia o del terror, del tiro de un miliciano nervioso o del asesino disfrazado que cruzaba veloz en un coche y barría una acera con su ametralladora. Se caminaba con la muerte al lado”. En esa misma obra, afirmaría que solo la exhibición de valor cotidiano del pueblo de Madrid le servía de alivio.

Barea, que había decidido mantenerse firme en su puesto cuando el 7 de noviembre de 1936 el Gobierno huyó a Valencia, tenía como ayudante a una húngara culta y antifascista que hablaba cinco idiomas y se llamaba Ilsa Kulcsar. Ella creía que la consigna oficial de censurar todo lo que no afirmara que los republicanos iban ganando era un error monumental. La verdad, por terrible que fuera, solo podía ser beneficiosa para la causa republicana, de modo que lo que había que hacer era dar más información, no menos. Barea estuvo de acuerdo con ella y ambos pasaron a prac-

der. Trotskistas y anarquistas comenzaron a ser perseguidos. Ilsa Kulcsar fue detenida durante un tiempo por los comunistas bajo la acusación de ser trotskista; Barea también se convirtió en sospechoso a los ojos de los seguidores de Stalin. Los dos terminaron siendo despedidos de sus trabajos en el edificio de la Telefónica en el otoño de 1937.

Fueron a Barcelona, donde se casaron en febrero de 1938, días antes de salir de España en un coche diplomático británico. En marzo de 1939, el mes de la toma de Madrid por los franquistas, se instalaron



*Arturo Barea es uno de los personajes históricos que pueblan *Pólvora, tabaco y cuero* (Huso Editorial, 2019), la tercera novela negra y duodécimo libro de Javier Valenzuela. Ambientada en el Madrid, cercado y bombardeado, hambriento y aterido, de la Navidad de 1936, esta obra cuenta la historia de un crimen machista en el barrio de Tetuán de cuya investigación se encarga el primer detective explícitamente anarquista del género negro. El general Miaja, el líder cenetista Cipriano Mera, la feminista Lucía Sánchez Saornil y el embajador pronazi Felix Schlayer aparecen también en la novela.